Discurso de Ingreso de Manuel Moreno Jiménez, «Manuel Morao», en la Academia de San Dionisio



Excmo. Sr. Presidente.

Sr. Delegado de Cultura.

Ilustrísimos Sres.

Señoras y Señores:

Sean mis primeras palabras para agradecer a esta docta Academia el nombramiento que viene a sellar, solemnemente, la trayectoria de mi vida, que siempre ha sido el *arte gitano,* a través de un instrumento tan importante como es la guitarra española.

No me puedo olvidar de la importancia que estos momentos suponen para mí; ya que estoy rodeado —y casi escoltado— por figuras importantes de las Ciencias, las Artes y las Letras.

Y, por si todo esto fuera poco, me encuentro ante un público que siempre ha tenido fama de entendido por los artistas de todo el mundo.

Es natural, por tanto, que me sienta emocionado en un acto como éste, en el que, además, hay que leer un discurso de ingreso.

Las Letras no han sido nunca mi fuerte. No puedo expresar con palabras todo lo que mi corazón siente. Y me resultaría mucho más fácil abrazar mi guitarra, y hacer que ella hable por mí —cosa que haré dentro de unos minutos—, que sentarme ante esta mesa, y dirigirme a ustedes con unas frases que me han sido difíciles de escribir porque Dios me ha dotado para la guitarra y no para hablar en público.

De todas formas, venciendo la natural impresión que esto produce, voy a intentar ser fiel al título que he elegido para este discurso, y que ya sabéis que es: *Flamencos de Jerez con quienes conviví.* Puede que alguien se pregunte por qué me he inclinado por este título, y no por otro que esté más íntimamente ligado con mi quehacer artístico o profesional. Pues es muy sencillo: he querido rendir homenaje, con este título, a muchas personas que han contribuido, fuertemente, a que el Arte de nuestro Jerez sea lo que hoy es en el mundo. Posiblemente, muchos nombres que voy a pronunciar



se han hundido para siempre en el olvido. Pero, otros, no... Otros son conocidos suficientemente por ustedes y por los flamencólogos. Pero mi intención, y mi deseo, ha sido rescatar de las sombras nombres, motes y apodos —que posiblemente harán sonreír a algunos—, pero que son la raíz de un pasado reciente, que alcancé a conocer.

Hay libros sobre grandes figuras que Jerez ha dado al Flamenco. Son personajes de épocas primeras e importantes. Pero hay también —y esto es lo lamentable— una cantera olvidada que ha servido de base a este arte nuestro. Y si no fuera por esta evocación que yo voy a hacer de ellos serían nombres que jamás habrían resonado en este respetable edificio. Os hablaré de personas con un arte, con una gracia, y con una tragedia, a veces, dentro de sus vidas que será cosa de llevarnos mucho tiempo recordándolos. Pero el tiempo no da para más, ni es cuestión de hacer historia. Es tiempo, simplemente, de colocar esos nombres en su justo lugar, como se ponen las perlas en un collar, o los cirios en un paso de palio.

Hablaré de ellos, muy de pasada. Pero me quedará, al menos, la tranquilidad de haber hecho justicia, enumerando a tantas mujeres y a tantos hombres que no escucharon jamás las palmas en un teatro; ni nunca vieron sus nombres en un cartel, ni salieron más allá de las fronteras de su Jerez querido.

Hablo, en primer lugar, de Manuel Jiménez, y de Manuela Moreno. Ellos fueron mis padres. Tal vez los recordaréis mejor si os hablo de la **Mahora** y del **Morao**, nombres que siguen vivos en mi familia.

Mi madre bailaba con esa ciencia profunda que se puede ver..., pero que no se deja aprender. El arte se tiene o no se tiene. Se hereda o no se hereda. Pero no se puede comprar.

Mi padre cantaba de un modo que todavía se recuerda; con esa pureza sencilla que engrandece. Era cabal en los cantes nuestros; alegre en las bulerías; limpio y desangrado en las saetas.

De esas dos sangres, nació la mía. Y fueron nuevas, para mí, la calle Nueva y la casa nueva en que nací, cuando el sol de julio llena de oro nuestros barrios.

En esa casa nueva, número 25 de la calle Nueva, convivían 18 ó 20 familias de flamencos jerezanos. Imagínense ustedes la riqueza folklórica que supone nacer y crecer en la misma fuente del arte gitano. Allí aprendí a conocer un compás que sería mi mejor herencia. Y tres fraguas que había en mi calle —la de *Tío Enrique Fernández*, la de *Paco la Melé* y la de *Tío Pipa*— me enseñaron a bañarme en el sudor de la toná, el martinete, los cantes sin guitarra, y el sufrimiento que da fuerza al hombre.

Y porque nací entre la alegría de las bulerías, y los golpes secos de los cantes de fragua, tuve la necesidad de fundir el ritmo, el compás y el sufrimiento, unificando entre sí esos polos tan flamencos. Quería algo que pudiera hablar por ellos..., y ese algo fue la guitarra.

En página anterior:
Manuel Moreno Jiménez, «Manuel Morao», en el día de su ingreso entrando en la Academia de San Dionisio, de su Jerez natal. (Foto cedida por Diario de Jerez)

No tengo consciencia de que en mi familia haya existido alguien con esa vocación. Pero yo la sentí en mí desde muy pequeñito, escuchando tocar en mi casa al *Cojo Cantarote,* que tocaba la guitarra con la mano izquierda y con la más elemental técnica que se pueda imaginar. También escuchaba, algunas veces, al *Tío Don Guindo,* que tenía una barbería en la Plaza de Santiago, y que tocaba en sus ratos libres un viejo guitarro; el mismo que le compró mi padre para mí —por dos duros— unos años más tarde.

Yo os invitaría —si esto fuera posible—, a todos vosotros, a las peñas flamencas y a los entendidos en nuestro arte, a pasar una noche de fiesta en aquel patio de la casa nueva; con *María Vega* como matriarca; con familias tan alegres y flamencas como los *Chicharrones;* los *Charamuscos;* con mis padres, con mi abuela, *La Mini;* con *Tía Manuela;* con mi tía *Jeroma;* y con tantos y tantos otros que sería una gloria oír sus cantes, ver sus bailes, y dar gracias a Dios por tanta hermosura, por tanta gracia, y por tanto arte.

No me puedo dejar en el olvido la figura de *Luis Clavijo, «Ramplilla»,* personalísimo en su manera de expresar el salero que llevaba dentro. Era inimitable. Un artista de inspiración, al que quiero hacer justicia esta noche.

En ese vivero de sabiduría flamenca nací y crecí. Es la única escuela en la que nunca se podría perder la ciencia del compás: una casa de vecinos en la que cada uno era millonario de arte.

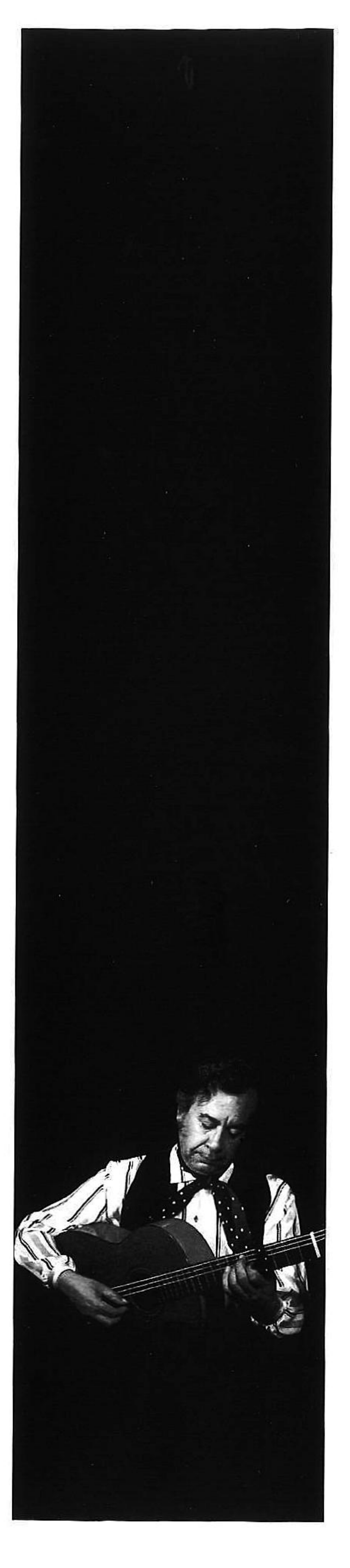
De esa casa nueva, nos mudamos a la calle Marqués de Cádiz. No por eso me desvinculé de mi casa natal; al contrario, las fiestas, y los acontecimientos tristes, y los alegres, los compartíamos siempre unidos.

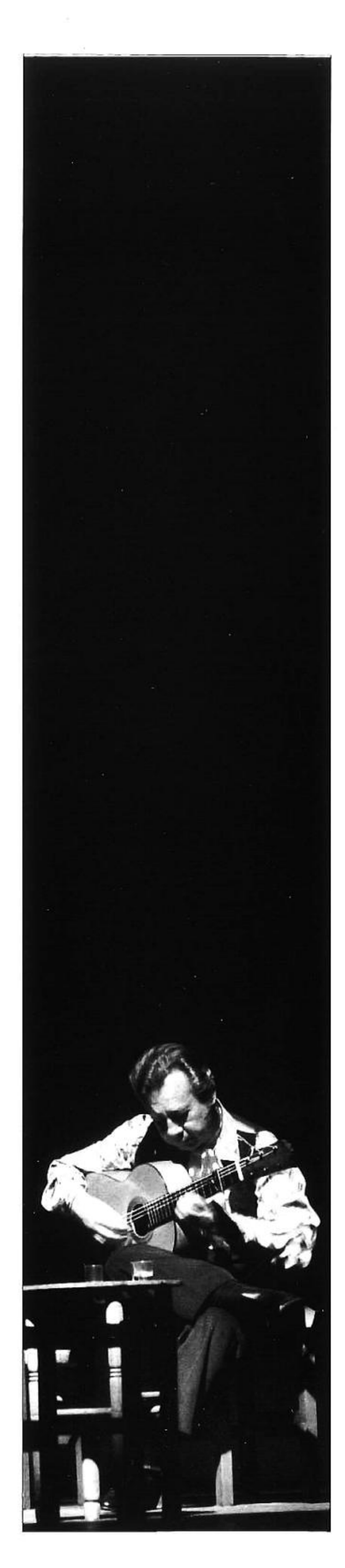
Cuando llegué a la edad de 6 ó 7 años, conseguí que mi padre me comprara el guitarro de *Tío Don Guindo.* Me sentí en mis glorias, porque sabía que yo había nacido para eso; para expresar con la guitarra todo el cante, todo el baile, todo el compás que yo sentía hervir en mis venas.

Pero necesitaba un maestro. Me llegó por mediación del padre de un gran artista jerezano. Desde aquí agradezco a *Tío Tati,* padre de *Tío Gregorio, «El Borrico»,* que se tomara tanto interés por mí. Aprovecho esta mención que he hecho para decir que no me explico que un hombre, con tanta dulzura en su trato y en su cante, fuera llamado con tal mote. Porque *Tío Gregorio,* incluso en su vejez, conservó una delicadeza en su voz que todos perdemos en dicha vejez.

Pues bien, *Tío Tati,* trajo un día a casa al mítico profesor de guitarra *Javier Molina.* Me escuchó tocar el viejo profesor y algo debió notar en mí, algo debió llamar su atención cuando decidió que él sería mi maestro. Y empezamos a dar clases, tanto en su casa como en la mía.

Yo aprendía con rapidez. Y gracias a esta facilidad que más que un esfuerzo fue un don que Dios me dio, pues sobre los doce años





ya estaba yo en condiciones de acompañar, en fiestas, a grandes cantaores. De esa época conservo recuerdos imborrables de *Tío Cabeza,* cantaor completísimo, que no llegó a grabar discos; de *María Pantoja,* la célebre bailaora; de *Vicente Pantoja;* de *Tío Gregorio;* de *Juan Torre,* sobrino del inmortal *Manuel,* y de otras muchas figuras ignoradas que hoy serían millonarias de aplausos y de éxitos.

En esos años alterné mis conocimientos de guitarra con otra actividad que muchos de ustedes ignoran. Yo fui aprendiz de barman, y lavaba vasos en un bar de la Plaza del Arenal, que perteneció a *Antonio, «El Bombo».* Y por la noche actuaba en las veladas de la Alameda Vieja, acompañando a *Tío Cabeza —Francisco Fernández—,* a *Domingo Rubichi, Juan Jambre, Agujetas el Viejo, Canalejas, El Chano, Eduardo Méndez, Sernita, Fernando Bulla, Luisa de Torrán, El Troncho,* y otros buenos artistas jerezanos del cante y el baile.

Como podéis comprobar, hago hincapié en personas que ya han desaparecido, aunque algunos, por fortuna, aún viven. Figura popular fue el graciosísimo *Tío Ochele.*

Así fui creciendo en edad y en experiencia, junto a *Rafael del Águila, Paco Laberinto,* los *Batatos,* y toda la plantilla de nombres en activo que asistíamos a fiestas y colmaos y casas particulares.

Pasé de la niñez a la adolescencia sin tiempo para jugar como los otros niños. Pasé, como dice el célebre Raphael en una de sus canciones, «de la niñez a los asuntos»...

Por aquel entonces conocí la feria de Sevilla, y trabajé en ella. Mi abuela, *La Mini,* y mi tía *Jeroma,* decidieron, de acuerdo con mi padre, que Sevilla sería un buen entrenamiento para mi carrera. Y así empecé a alternar mis actuaciones entre Sevilla y Jerez.

Pero mi residencia habitual, durante algún tiempo, fue Sevilla. Allí viví acogido por Juana Valencia, la Sordita, que era prima de mi abuela, también jerezana. Era hija, nada menos, que de *Paco la Luz,* y hermana de *La Serrana.*

Jerez enviaba a Sevilla, todavía en aquella época, lo más granado y florecido del cante y el baile de nuestra tierra.

En «La Europa» alcancé a ver a *La Macarrona;* conocí a *La Malena;* escuché voces tan importantes como la de *Pepe Torre, Rafael Ramos, «Niño Gloria»;* su hermana, *Luisa la Pompi; Tomás Chaqueta; La Moreno,* cantaora y flamenca, como todos ellos. No puedo dejarme atrás recuerdos tan importantes como el de *Tío Juaniquín —Juan Moreno Jiménez—,* que vivía en El Cuervo, y era un gran cantaor; y el de *Tío José de Paula,* tío-abuelo de nuestro *Rafael* actual; con una peña en Santiago. Y no debo dejarme atrás a *Rafael Pantoja, «El Carabinero».*

En Barcelona, ciudad en la que trabajé por mediación de *Rosario Medina,* que me llevó a un colmao de su hermano *Antonio,* conviví con *Sernita, El Chicharrón,* y el gran *Gregorio Fernández,* hermano de nuestro inolvidable *Tío Parrilla.*



Juanito Mojama, Cepero y *Perico el del Lunar,* eran nombres que triunfaban entonces en Madrid, junto a *José Durán, El Tordo,* marido de *Isabelita de Jerez,* y la hija de ésta, la bailaora *Rosita Durán.*

Llegó el momento de hacer el servicio militar, y ni siquiera entonces dejé de escalar puestos entre los guitarristas jóvenes, ya que hice tal servicio como voluntario y continué alternando ambos menesteres.

En 1953 se produce mi incorporación a los espectáculos de *Antonio Ruiz, «Antonio»,* sin más, para el mundo entero. Desde ese año 53 hasta el 64, tengo ocasión de dar muchas veces la vuelta a este planeta. Fueron incontables giras, acordándome, cada día más, de mi querido Jerez. Había alcanzado un alto puesto, pero, ¡cuántas cosas se deja uno atrás, que ahora estoy añorando!...

Eran los tiempos de las brillantes grabaciones de la voz de *La Paquera.* Y uno de mis mayores orgullos es haber acompañado, para siempre ya, a ese genio del cante gitano en unos discos inolvidables. Ya comprenderéis que estoy hablando, con emoción, del inimitable *Fernando Terremoto,* la voz más gitana de nuestra tierra.

Junto a este recuerdo importante quiero tener otro: para un muchacho que pudo ser figura de la guitarra y que murió prematuramente. Muchos de ustedes no sepan que estoy hablando de *Fernandito Rosas.* Acordáos, también, de *Juanata* que se nos fue, trágicamente, cuando mejor podía haber triunfado.

Estos recuerdos, inevitablemente, lo emocionan a uno. Y muchas evocaciones podría seguir haciendo esta noche. Pero temo que os canséis; sobre todo, los que no estáis muy iniciados en este arte, o no estáis muy unidos a él, por los motivos que sean.

Por eso voy a dejar la voz a mi guitarra, que es lo que debería haber hecho desde el principio, ya que con ella me expreso mejor que con las palabras, y con ella me siento más completo y más acompañado.

Os pido que no toméis esta pequeña actuación que voy a hacer ahora como un mini-recital, que no tendría sitio en un lugar, ni en un momento como los que estamos viviendo esta noche.

Simplemente voy a completar lo que he dicho con unas pinceladas que quieren ser un resumen de toda mi vida artística; aquélla que yo empecé a vivir en la calle Nueva, y que tiró de mí y me hizo volver de nuevo, y definitivamente, a este Jerez que tanto queremos los artistas de aquí.

Que sean estas notas, y este compás, un homenaje de admiración a todos esos nombres, y a los que se me hayan podido ir, pero que viven en mi corazón, como cuando convivíamos en el barrio de Santiago.

Quisiera que, a través de mi guitarra, todos ellos estuviesen conmigo y con vosotros, en estos importantes momentos.



* * *

Dejo mi modo de expresión, y vuelvo de nuevo a las palabras para decir que me siento muy orgulloso de este ingreso en la Academia de San Dionisio.

Es lo único que me queda por decir: Que me he emocionado recordando los nombres de todos aquellos flamencos jerezanos con quienes conviví, y que este pequeño desahogo musical que he tenido con vosotros sirva de homenaje y compañerismo para aquellos que hicieron posible que el nombre de Jerez siga estando de moda en el panorama del arte de esta tierra, tan mía, y tan de todos vosotros.

Muchas gracias.